

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SIN PAUSA Y SIN PRISA NOTAS A LA ACTUALIDAD CULTURAL

Sociedad y autodestrucción

HE leído —me dice un amigo— sus notas acerca de «cómo está el mundo». No parece usted optimista.

—La sensación de agrietamiento que señalé en mi artículo no creo que sea privativo de hoy. Cuando yo era niño la frase «¿dónde vamos a parar!» la oía a cada paso. Por ejemplo, cuando los panecillos pasaron a valer desde cinco céntimos a diez céntimos. Los caricaturistas dibujaban globos que llevaban colgadas barras de pan. «Los alimentos están por las nubes». Cuando, ya de joven, pude ver «L'Auca del senyor Esteve» me di cuenta que lo que hoy se llama conflicto generacional existía hace cien años. Una sensación de desastre invade a los personajes mayores de la obra. Aquel personaje simbólico —¿te acuerdas, José María Pi y Suñer?— que se aproxima a las candelillas y exclama con patético trémolo de voz: —«¡La Puntual trontolla!».

Si. Muchas cosas anunciaba el «debacle» hace cien años. ¿Como ahora? ¿Menos que ahora? Todo es cuestión de perspectiva; del ángulo de visión en que se coloca el espectador. Cuando en mi artículo anterior yo hablaba —al pasar de Polonia a los Estados Unidos— de un paso de la seguridad a las inseguridades, creo que reflejaba una situación real y evidente. Lo que caracteriza nuestro momento mundial a nivel de vanguardia, es la crisis de lo dogmático. Usted, que ha estudiado filología, sabe que firme se dice en latín «firmus». El que no está firme, está «in-firmus», es decir, «enfermo». El mundo, pues, está, en el sentido etimológico de la palabra, «enfermo».

He visto por esos mundos, la película de Giuliano Montaldo «Sacco e Vanzetti». De dos maneras justifico y explico su

éxito, en verdad, multitudinario. Por su calidad estética y por su fuerza de revulsión. Analizar la primera sería sobremediana interesante, puesto que el director anima, de manera personalísima, una temática cinematográfica tan manipulada ya como es la sucesión de un proceso judicial. El juego de presencias y evocaciones está tan hábilmente alternado que crea el ritmo exacto para impedir la monotonía de la «unidad de lugar» en que se mueve el filme. El otro juego de alternancias se produce con sucesiones de escenas en color y en gris-blanco-negro. Además, está la interpretación, que es, en verdad, soberbia, tanto por lo que atañe a los personajes protagonistas —especialmente Jean Marie Volonté— como a los secundarios. Desde el punto de vista estético, pues, esta es una película que hace época.

Pero su éxito está movido, ciertamente, por otra cualidad del filme, que atañe a su contenido. Con «Sacco e Vanzetti» asistimos a un resonante episodio que las gentes de mi edad recordamos con estremecimiento infantil. Durante siete largos años la justicia norteamericana forcejeó para convertir a estos dos anarquistas italianos —«revolucionarios» y lo que es acaso peor, «extranjeros»— en cabeza simbólica cuya destrucción, por la pena de muerte, debía asegurar la continuidad de una sociedad democrática que creía atesorar todas las virtudes sociales. El clamor, documentado en filmes de la época, en torno al suceso fue, como se sabe, universal. ¿Intenta Giuliano Montaldo restaurar, a medio siglo del proceso, la misma tensión sociopolítica? El público italiano al que he visto aplaudir la frase «Io sono italiano, io sono anarchico», ¿aplaudía la italianidad o la anarquía?

La mecánica de la sucesión —lenta o abrupta— de las etapas sociológicas se produce, en efecto, «desde dentro». ¿Eran

anarquistas las personas que aplaudían el mencionado pasaje de la película «Sacco e Vanzetti»? Probablemente, no; probablemente se movían por un ímpetu de justicia, por una exigencia de equidad que en el filme adquiere una fuerza de convicción realmente formidable. Lo que ocurre es que los tiempos que vivimos se aprestan a dar fe de una nueva etapa de esta constante que he formulado al principio de esta nota. ¿Por un fenómeno inconfesado de «mala conciencia»? ¿Por una secreta inquietud no claramente formulada? No podremos precisar. Pero yo diría que toda etapa social marcha hacia su autodestrucción, por manera, digámoslo así, ineluctable.

Hace muchos años que pienso —y entiendo que la sociología ha formulado esta evidencia— que toda sociedad lleva consigo la larva de su propia destrucción. Alguna vez he utilizado el símil del Imperio Romano que se manifiesta enhiesto y poderoso de sus colosales arquitecturas, mientras en las catacumbas una nueva creencia, que no consideraba los valores de aquel mundo, minaba literalmente sus cimientos, a modo como el gusano va royendo, sin que se advierta, el interior de un rico y costoso mueble que, un buen día, se viene abajo. Cuando las damitas y los caballeros de la aristocracia del siglo XVIII aplaudían a rabiar «Las bodas de Figaro» de Beaumarchais ¿sabían que estaban aplaudiendo, en el famoso «barbero», el símbolo del artesano, del hombre del pueblo que alzaría, unos años más tarde, la geometría espectral de la guillotina? Cuando nuestra burguesía «snob» aplaude furiosamente las feroces invectivas de Berthold Brecht ¿sabe que está cavando su propia tumba?

Guillermo DIAZ-PLAJA
de la Real Academia Española

DON CRISTÓBAL CRESPI DE VALDAURA

CARA Y CRUZ DEL LOCALISMO

EUGENI D'Ors solía explicar que el «nacionalismo» es cosa de lo que llamamos «clases medias». Según él, la gente colocada más arriba o más abajo en la escala social propende básicamente al «internacionalismo». Sus referencias eran éstas: de un lado, los aristócratas, cosmopolitas y entreparentados por encima de las fronteras; del otro, los proletarios, cuya solidaridad intrínseca también prescinde de arraigos concretos. Y, en efecto, algo de eso hay. En términos literales, desde luego, la formulación del Pantarca es inaceptable. Todas las tradiciones «nacionalistas» de Europa tienen, en gran parte, un origen aristocrático, y al «pueblo» por antonomasia, sector más o menos «desposeído», pertenece el acento singular, el depósito de los empenamientos indigenistas, la etnografía pura. Pero la descripción contenía un grado de verdad indiscutible. Pese a cualquier antagonismo incidental, las «clases altas» coinciden en intereses que rebasan las líneas aduaneras que ellas mismas empezaron por trazar, y hoy día, los grandes tinglados financieros, los monopolios, el dinero sutil y penetrante, constituyen una internacional perfectamente obvia. La tendencia del proletariado es homóloga, o, por decirlo mejor, correlativa, en cuanto a actitud de lucha. Y las «clases medias», conglomerado confuso y medroso, parece quedarse fijo en la fatalidad de una «localización» estricta: geografía e historia sumadas, en economía, en cultura y en lo restante. Por lo menos, tal es el esquema contundente.

Saco a colación el escarceo sociográfico de D'Ors un poco al azar de otras sugerencias. Últimamente, he tenido que hojear viejos tomos de la «Biblioteca de Autores Españoles» —la clásica «Rivadeneira» que fundara el Aribau de la «Oda de la Patria»—, y en uno de ellos, montaje erudito de un ya olvidado don Eugenio de Ochoa, tropiezo con un texto revelador. Revelador a muchos niveles. O quizá quiero creer que lo es

en razón de su procedencia, por tocarme de cerca. Lo cual, dicho sea de paso, bien podría ser un grave síntoma «localista». Pongo «localista», y no «nacionalista», exactamente. Pero dejemos eso, ahora. El caso es que el señor Ochoa publicó en la «Biblioteca» un enorme montón de papel epistolar, por lo general opaco y fungoso, y en una de sus páginas hallo la carta que don Cristóbal Crespi de Valldaura, paisano mío, caballero de la Orden de Santa María de Montesa y Vice-Canciller que fue de la extinguida Corona de Aragón, dirigió a su hermano don Juan el 12 de mayo de 1627. Don Cristóbal escribía desde la mismísima Valencia. El otro Crespi, por lo que se deduce, se había enrolado en un tercio de los de Flandes. Si don Juan se metió en el lío con entusiasmo y sin entusiasmo es un punto bastante oscuro, y no importa demasiado. Iba a hacer carrera en la milicia, sencillamente, como tantos otros hidalgos de medio pelo, en la época. El mayorazgo Cristóbal...

Bueno: don Cristóbal, experimentado y con plena consciencia «de clase», obsequia al seguidón con una larga lista de consejos. Copio los siguientes, que no tienen pérdida: «He oído alabar los naturales de Valencia de ordinario, pero vituperar también su facilidad e inconstancia. Vicio es, éste, que te prevengo mucho a huírle y apartarle. En los amigos, en los camaradas, en las acciones, procura con veras no ser variable; que, como es tacha de que está indicada nuestra nación, es menester mayor cuidado en ella. Para esto quiero también que olvides tu patria, y que no te acuerdes de Valencia. Quiero que la tengas en la memoria, para tener a ella, y a todos sus naturales, mucha correspondencia en todas ocasiones. Quiero que la olvides para no desear verla más, a lo menos sin urgentísima causa. De Valencia sales para Flandes. No quiero que te agrade de Flandes el país, sino la guerra. La guerra ha de ser tu patria;

y, pues naciste para ella no querría que te hallases bien sino donde la hubiere. Esto tira a quitarte el amor del Micalete, que es vil amor e infame cudicia. Lo mismo diré de todas las tierras que te agradaren, si en ellas no tuvieres la ocupación y empleo que te toque...» Y paro aquí. No se me negará que la cita es succulenta. «La guerra ha de ser tu patria»: ya está dicho todo. En el siglo XVII, un Crespi de Valldaura sin patrimonio —y ligado a otros Crespi con patrimonio— tenía que optar por la guerra. O por el escalafón eclesiástico. Hoy sería la complicada cucaña de los duros.

Hagamos la sustitución: «El duro ha de ser tu patria». O: «La literatura ha de ser tu patria» (pero menos). O: «la ciencia». O: cualquier otro «internacionalismo»... Dudo que puedan aportarse testimonios tan explícitos como el de don Cristóbal, de entonces o de ahora. Visto desde la Valencia actual, folklorizada y siniestramente suspicaz, el agregio Crespi de Valldaura resulta un monstruo de infidelidad: aquello de que «el amor del Micalete es vil amor e infame cudicia» pondría los pelos de punta a más de medio consistorio municipal y a las tres cuartas partes de las comisiones falleras y de los socios del «Rat». El Miguelete es el símbolo del «patriotismo local» de los vecinos de la ciudad de Valencia. Los de Sueca, y los de Morella, o de Alcoy, o de Játiva, o de Elche, y de Vinaroz, y de Denia, y de Gandía, nada tenemos que ver con dicho campanario. En materia de campanarios cada pueblo cuenta con el suyo, y Dios con los de todos. Porque el localismo tiene su ley implacable: carece de freno, se multiplica, tiende a reducirse a circunscripciones cada vez más pequeñas. Como sus políticas respectivas. Lo que no significa que estas políticas sean desdenables, ni mucho menos. Al contrario. Son las decisivas: son la «realidad». La realidad siempre es local: «localista». Encara en unos hombres determinados, y en unos problemas to-

avía más determinados. Sólo que, hombres y problemas, han de ser asumidos a través —y, si no «a través», valga cualquier otra locución adverbial semejante— de los otros encuadres. De los Tercios de Flandes, del dólar, o del «Manifesto» de Marx y Engels.

El asunto no era tan simple, no lo es, como don Eugenio pretendía suponer. D'Ors era aficionado a «dramatizar» los fenómenos de la vida colectiva. Y no sólo él. Hay quien, tomando el rábano por las hojas, entiende la «dialéctica» como un espectáculo —digamos «socio-ficción»— grandguignolesco, shakespeareano, cuyos protagonistas son abstracciones más o menos coherentes. El «amor del Micalete» puede ser el «amor de la Torre Eiffel», o el «amor de la estatua de la Libertad», o el «amor de las cúpulas del Kremlin». De hecho, el «localismo» no es una actitud que dependa de la mayor o menor extensión del «local» o del «lugar», sino que responde a premisas conceptuales cerradas, exclusivas o invadentes. No hay que dejarse enganar por los «internacionalismos» como el que, a su manera, confesaba mi inefable Cristóbal Crespi: son «internacionalismos» serios, inevitables, poderosísimos. Y tampoco hay que caer en la trampa de los «amores de campanario», ni en los propios ni, menos aún, en los ajenos. La insidia se crispa cuando, en nombre de un «internacionalismo», se intenta deslizar el contrabando de un «nacionalismo» malévolo. Y, en última instancia, «nacionalismo» e «internacionalismo» son dos caras de la misma moneda, expedientes nominalistas, trucos ideológicos. La idea de que todo sea una cuestión de «clases medias», con ser un diagnóstico hábil, pecaba de simple. La lectura del periódico, cada mañana, nos lo certifica. Las noticias vendrán de Washington o de Moscú, del Vietnam o de Irlanda, del Tírol o de Pakistán, de aquí y de allá...

Joan FUSTER

LAS MEJORES VACACIONES EN CASTELLDEFELS SALIDAS TODOS LOS DÍAS LABORABLES



EN AUTOCAR

RESERVE SU PLAZA

GIMNASIO LINCOLN

C. LINCOLN 43 TFNO 227 04 66

YALE

...la marca de prestigio universal

GARRETTILLAS ELEVADORAS DE 600 a 50.000 kgs.



distribuidor exclusivo para España



-Comercial Bores- Avda. Sarriá, 127 Tel. 203 41 80 - BARCELONA

CURSOS PRACTICOS DE INFORMÁTICA

- ◆ Exclusivamente para futuros profesionales.
- ◆ Ordenador disponible para las PRACTICAS.
- ◆ Nuestro centro está totalmente especializado en INFORMÁTICA.

PROGRAMACION IBM

Inicio: 26 de junio (sábados de 5 a 9)
28 de junio (lu., mi., y vi., de 7.30 a 9.30)

PERFORACION

Inicio: El comienzo de estos cursos es a convenir según horario de la solicitante

leiter

CENTRO DE INFORMÁTICA DE BARCELONA

diputación, 280 pral. t/222 12 67-231 36 90

HOSTAL PISCINA DE LA FLORESTA

Km. 7 Carretera Sarriá - Vallvidrera - San Cugat
Verbena de San Juan, miércoles, cenar, a jueves noche, y piscina, 250 pesetas.
Carta de especialidades. Razón: Tel. 274-17-65